

Amores Célebres



"He querido felicitarte personalmente", dijo, y sacándose una rosa que adornaba sus cabellos se la entregó sonriente.

FEDERICO CHOPIN y CONSTANZA

Joven tenue como un encaje

Envuelta entre las notas de un vals sentimental, como una tenue sombra, parece estar presente. Es el perfume de lejanas edades, es el recuerdo de cosas de allá, es la rítmica danza, el tímido suspiro, la gentil compañera, el acorde musical.

Añoranzas de cosas idas... Constanza... La patria... La familia... Como flor de invernadero. Federico languidece fuera del cálido ambiente de los seres queridos. El mundo con las pasiones y las

van borrando los objetos que decoran la habitación. Es esa hora en que la tarde muere, embargándolo todo con un suave manto de melancolía, como si un ángel nacido de un cuadro antiguo se complaciera en mostrar las tarjetas postales del recuerdo. Tal vez los momentos de felicidad haya que vivirlos solamente para esa hora en que la pena trata de ahogar el corazón. Y entonces, irremediablemente, es un rostro de mujer el que acude a los ojos como único consuelo.

Retrocedamos varios años. En lugar de París, Varsovia;

hablarla; pero luego siente con tanta violencia el golpe del corazón que prefiere ver cómo su amada se pierde calle abajo. Constanza parece hecha de espuma, tal es su blancura. Tiene la belleza deslumbrante de la mujer polaca; su piel reluciente como espejo, su ingenuidad, su delicadeza. Entonces Federico camina a la deriva. Pero como si todas las calles condujeran inexorablemente hacia la casa de Constanza, luego de andar y andar se encuentra frente al balcón negro, que hace que esa casa de Varsovia sea distinta a las demás. Hay luz dentro del cuarto. Se escuchan algunas risas. Probablemente sea ella la que ría, juegue y se mueva. Parece que está contenta. El permanece semioculto entre las sombras de un árbol. Ha empezado a llover; pero allí, frente al balcón de Constanza, no siente la llovizna que le perla el rostro. Piensa en ella. Le hace decir las palabras que más le agradan. Realizan paseos juntos y sostienen conversaciones memorables. La mente febril de Federico no descansa un instante. Casi se podría decir que es feliz. Recuerda cuando la vio por primera vez en el conservatorio. Ella leía un libro, sentada, antes de que empezara la clase. Vió su piel muy blanca y los párpados. Claro como la es-

Por la noche, como siempre, soñó con ella. En sueños todo era más fácil. En sueños y en él podía hablarle cómodamente. Y Constanza sonreía. ¡Ah, qué bien sonríen las amadas en los sueños!

A la mañana siguiente, cuando Federico llegó al conservatorio, su maestro insinuó la conveniencia de dar un concierto. Conversaron acerca de la idea y, finalmente, Federico aceptó. Diez días después el joven intérprete entusiasmaba a los espectadores. El éxito coronó su presentación y, ya, a solas, en un camarín del teatro murmuraba:

—Nadie lo sabe, pero los ojos de Constanza fueron los que me inspiraron. Estaban allí, en primera fila. Los sentía sobre mis manos y entonces el teclado me parecía un prado florido por el cual nosotros dos corríamos y reíamos. —De pronto, golpearon a la puerta. —¡Adelante! —exclamó Federico.

Instantes después la señorita Gladkowska aparecía.

—He querido felicitarlo personalmente — dijo, y sacándose una rosa que adornaba sus cabellos se la entregó sonriendo.

—¡Oh, muchas gracias!... Pero ya que es tan amable, quisiera pedirle... —agregó Federico casi en un murmullo.

—¡No puedo negar nada al joven maestro!

ESCRIBE ANIBAL DE LA VHARGA — ILUSTRA ARTECHE

Célebre compositor polaco que nació en la ciudad de Varsovia en 1809. Musicalmente está considerado como una de las glorias del Romanticismo, y sus composiciones han conquistado al mundo entero por la profundidad del sentimiento y por la sobriedad de su estilo. Ardiente patriota, su "Marcha Fúnebre" tuvo origen en las desgracias de su amada patria. La muerte le sorprendió antes de los cuarenta años.

taba mirando desde más arriba, eran sus párpados los que se destacaban. Lo primero que pensó al advertir su juventud —tendría apenas dieciséis años— fue: "Hebré amado

—La cinta.
—¿La cinta? —preguntó ella, asombrada.

—Sí; esa que le sujeta los cabellos. Momentos después nuevamente a solas Federico

También el más desdichado

El talento musical de la joven contribuye a hacerla más bella a los ojos del enamorado que escribe... "Es todavía más hermosa en escena que cuando la vemos en la ciudad". Luego de dar algunos recitales en Varsovia Constanza abandona la capital de Polonia. Federico está decepcionado. La ciudad le parece vacía. No tiene a quien confiarse sino a su piano, y a él se entrega fervorosamente. Todas las crisis de Chopin se resuelven en música: por eso está colocado junto a los inmortales. No es el profesional que compone de acuerdo a las reglas y cánones, sino el hombre que vive en el teclado, y todas sus pequeñas y grandes desventuras las expresa musicalmente. Más que por sus dolencias, sufre por tener que soportarlas. A su espíritu elegante, fino, cuidadoso del detalle, le afectan profundamente las miserias de una triste vida orgánica. No ha llegado aún la tisis, pero Federico es frágil y hay que cuidarlo, rodeándolo de halagos que tengan la virtud de hacer pasar inadvertida tanta solicitud. Pero mientras la amada está ausente, él no puede consolarse y piensa: —¡Constanza tiene los ojos claros! ¡Es suave como un preliudio sentimental!...

Ella es para Federico "la mujer", la que vibra siempre en su interior, la eterna, la que lo acompaña desde el primero hasta el último de sus instantes, la que baila en sus mazurkas y en sus fantasías polacas. Pero regresa de su jira al exterior. ¡Federico vuelve a verla! ¡Vuelve a escuchar su voz! Su inspiración pasa del ensueño a la realidad. Allí está con sus sonrisas, con sus pequeños caprichos, con sus ocurrencias... Es ella. ¡Es Constanza! Un acontecimiento artístico los une, además de sus fugaces entrevistas en el parque de Varsovia. Se anuncia un concierto de Federico Chopin con la colaboración de la señorita Gladkowska. El teatro está colmado. El joven compositor interpreta sus obras. Finalmente ella canta "O que"



“He querido felicitarte personalmente”, dijo, y sacándose una rosa que adornaba sus cabellos se la entregó sonriente.

FEDERICO CHOPIN y CONSTANZA

Joven tenue como un encaje

Envuelta entre las notas de un vals sentimental, como una tenue sombra, parece estar presente. Es el perfume de lejanas edades, es el recuerdo de cosas de allá, es la rítmica danza, el tímido suspiro, la gentil compañera, el acorde musical.

Añoranzas de cosas idas... Constanza... La patria... La familia... Como flor de invierno. Federico languidece fuera del cálido ambiente de los seres queridos. El mundo, con las pasiones y los embates, no se había hecho para él. Un piano, Constanza y la lumbre del hogar eran el territorio que ocupaban sus sueños. En ese momento, mientras evoca su primer amor y su querida Polonia, la gloria apoya sus dedos finos sobre sus sienas. Pero, ¿son tan fríos los dedos de la gloria? ¿No será que la muerte, su antigua enemiga, está ya rondándolo, tal vez llamándolo desde su país desconocido? Tras de los cristales, la nevisca fría de París azula el aire, Federico se da cuenta de que le quedan pocos días de vida. ¿Por qué no recordar, entonces las cosas gratas al espíritu, aquellos años, aquella joven tenue como un encaje? Y antes de entregarse por completo a la rememoración, viendo como el fuego declina en el hogar, piensa: ¡Sí, empecé a morir el día que me alejé del solar nativo!...

Lentamente las sombras

van borrando los objetos que decoran la habitación. Es esa hora en que la tarde muere, embargándolo todo con un suave manto de melancolía, como si un ángel nacido de un cuadro antiguo se complaciera en mostrar las tarjetas postales del recuerdo. Tal vez los momentos de felicidad haya que vivirlos solamente para esa hora en que la pena trata de ahogar el corazón. Y entonces, irremediablemente, es un rostro de mujer el que acude a los ojos como único consuelo.

Retrocedamos varios años. En lugar de París, Varsovia; en lugar del hombre, el adolescente; en lugar del corazón desgarrado, la sangre indefensa que en ese momento cree, espera y alienta.

Federico concurre al conservatorio por las mañanas. ¿Qué hace entonces en ese momento detrás de unos pilares de la plaza mirando fijamente la gran puerta de roble? Es que a esa hora sale Constanza Gladkowska, joven alumna de las clases de Canto.

Una cinta azul recoge sus cabellos castaños; una cinta azul, clara como sus ojos.

¿Qué bien sonríen las amadas en los sueños!

Una cinta que él desearía poseer para besarla por las noches cuando sueña y sueña con ella. Así, tarde a tarde la ve salir, con sus pasos menudos y ágiles que le hacen pensar en un pájaro. Mil veces ha resuelto acercarse y

seos juntos y sosteniendo conversaciones memorables. La mente febril de Federico no descansa un instante. Casi se podría decir que es feliz. Recuerda cuando la vió por primera vez en el conservatorio. Ella leía un libro, sentada, antes de que empezara la clase. Vió su piel muy blanca y los párpados. Claro como la es-

—He querido felicitarte personalmente — dijo, y sacándose una rosa que adornaba sus cabellos se la entregó sonriendo.

—¡Oh, muchas gracias!... Pero ya que es tan amable, quisiera pedirle... —agregó Federico casi en un murmullo.

—¡No puedo negar nada al joven maestro!

ESCRIBE ANIBAL DE LA VHARGA — ILUSTRARTE ARTECHE

Célebre compositor polaco que nació en la ciudad de Varsovia en 1809. Musicalmente está considerado como una de las glorias del Romanticismo, y sus composiciones han conquistado al mundo entero por la profundidad del sentimiento y por la sobriedad de su estilo. Ardiente patriota, su “Marcha Fúnebre” tuvo origen en las desgracias de su amada patria. La muerte le sorprendió antes de los cuarenta años.

taba mirando desde más arriba, eran sus párpados los que se destacaban. Lo primero que pensó al advertir su juventud —tendría apenas dieciséis años— fue: “¿Habría amado alguna vez? Debe ser hija de un médico”. A veces se veían en el conservatorio; pero, sobre todo, a él le gustaba contemplarla por la tarde, cuando finalizaba sus clases.

A paso lento se alejó del balcón. Tenía prisa. Una visión, la sonrisa de Constanza, lo había asaltado. Llegó a su casa. Corrió a su cuarto, encendió los candelabros del piano y comenzó a ejecutar un vals. De la melodía surgía un reproche velado, una tristeza estéril, un lamento que no pretendía más que seguir siendo lamento. ¡Ah, si ella hubiera escuchado esas notas tal vez habría comprendido lo que no se animaba a expresarle con palabras! No necesitaba más: poseía un piano y un recuerdo. Era feliz. Al día siguiente la vería en el conservatorio y ella luciría esa cinta celeste que hacía aún más hermosos sus cabellos.

—La cinta.

—¿La cinta? —preguntó ella, asombrada.

—Sí; esa que le sujeta los cabellos. Momentos después nuevamente a solas, Federico no podía creer que fuera tan inmensa su felicidad. La cinta celeste estaba entre sus manos. Podría soñar esa noche. Algo de Constanza permanecía debajo de su almohada para que no creyera que todo aquello había sido un sueño de su imaginación.

Desde la mañana siguiente los planes más extraños se filaban por su cerebro. El arte los acercaba. Ya podía alimentar esperanzas. Esa tarde esperó a Constanza a la salida del conservatorio y fueron dos los que marcharon calle abajo. Antes de llegar a su casa, se detuvieron en el parque.

Buscaron el rincón más solitario. Admiraron las flores, cambiaron algunas palabras veladas. Pero esas pequeñas cosas fueron suficientes para que consideraran ese lugar apacible y retirado como algo que sólo a ellos pertenecía.

No ha llegado aún la tisis, pero Federico es frágil y hay que cuidarlo, rodeándolo de halagos que tengan la virtud de hacer pasar inadvertida tanta solicitud. Pero mientras la amada está ausente, él no puede consolarse y piensa: —¡Constanza tiene los ojos claros! ¡Es suave como un prelude sentimental!...

Ella es para Federico “la mujer”, la que vibra siempre en su interior, la eterna, la que lo acompaña desde el primero hasta el último de sus instantes, la que ba la en sus mazurkas y en sus fantasías polacas. Pero regresa de su jira al exterior. ¡Federico vuelve a verla! ¡Vuelve a escuchar su voz! Su inspiración pasa del ensueño a la realidad. Allí está con sus sonrisas, con sus pequeños caprichos, con sus ocurrencias... Es ella. ¡Es Constanza! Un acontecimiento artístico los une, además de sus fugaces entrevistas en el parque de Varsovia. Se anuncia un concierto de Federico Chopin con la colaboración de la señorita Gladkowska. El teatro está colmado. El joven compositor interpreta sus obras. Finalmente, ella canta “O quantae lacrimae”, de Rosini. Pero durante la realización del espectáculo Chopin ha comprendido la verdad. Debe alejarse de Varsovia, pues la ciudad ya no le ofrece posibilidades, de superación artística. Se plantea un dilema, su música o Constanza. No puede retener a ambas. ¡La gloria o el amor! Por ello, apenas termina el concierto, cuando los aplausos del público entusiasmado desbordan la sala, Federico Chopin abandona precipitadamente el teatro.

Constanza corre a su camarín y lo halla vacío.

—¡Federico! ¡Federico! —exclama. Sólo el eco le responde. Sin embargo, sabe donde hallarlo.

Apresuradamente cruza la callejuela. Por fin llega al parque, que le pertenece, que es un poco de los dos. Allí, en un banco, cabizbajo, lo encuentra. Llega junto a él y,

a sus espaldas susurra:

—Todavía los aplausos atronan en la sala. Es usted el hombre más célebre de Polonia. ¿Por qué no vuelve?

—Porque también soy el más triste y el más desdichado.

—Sí, ya sé. Me han dicho que parte mañana hacia Viena. Pero, regresará, ¿no es cierto? —Y en ese momento la mirada de Constanza llegó hasta su corazón. ¿Por qué lo miró así? ¿Hubiera sido tan fácil bajar la vista o contemplar los árboles!...

—Algo me dice que si abandono mi tierra ya no regresaré. Dejo aquí todo cuanto amo... Y sin embargo no puedo renunciar a mi destino... a mi música...

—¡Y a sus sueños y a sus ilusiones! —agregó ella. —¿A qué hora partirá mañana?

—¡A las siete!

Copa de plata con tierra polaca

Y a las siete del día siguiente muy cerca de la diligencia que lo conducía hacia Viena, Constanza y algunos amigos estaban junto al joven músico. Al despedirse, él sacó una cinta celeste de su bolsillo y dijo:

—¡Esta cinta me acompañará en mis momentos de triunfo y de tristeza!

Constanza la retuvo un momento entre sus manos, y luego de besarla, se la devolvió. Además le dió una copa de plata llena de la fecunda tierra polaca.

—Y esto —agregó al entregársela— es para que no se olvide de su patria y de los que aquí quedamos.

Momentos después la diligencia se hundía entre el polvo del camino. Federico, con los ojos entrecerrados, sentía una mirada azul sobre el "corazón que llevaba debajo del brazo". Así se aleja de la única mujer que atraviesa su vida sin herirlo, sin desgarrarlo en su carne y en su música que es su sangre.

Transcurre el tiempo. Federico vive en París. Han pasado varios años desde que se separara de Constanza. En este momento hay otra enamorada que lo reclama con urgencia: la gloria. La gloria que quiere anticiparse a su antigua enemiga: a aquella que actúa lentamente minándole el organismo. Ha vivido y sufrido mucho. Mientras cae la nieve sobre los cristales, sigue recordando los be-

los y dolorosos días vividos. Evoca el tiempo en que quiso partir a luchar por la libertad de su patria. Estaba entonces en Viena. Su amigo Titus le hizo comprender que en toda batalla hay siempre dos frentes. Que él de poco serviría con un fusil y que, en cambio, su verdadera arma era la música. Chopin podía más con una Polonesa que cien hombres en la línea de fuego. Su puesto de soldado estaba frente al piano. Y entonces las Polonas nacieron heroicas y rebeldes; las Mazurcas desgarraron el alma eslava con sus ritmos y sus danzas. Tiempos más tarde, la caída de Polonia le hace componer su "Marcha fúnebre", mientras ve la patria ensangrentada.

Pero mientras todo esto sucedía, ¿qué fue de Constanza?

La cinta de la señorita Gladkowska en el corazón

Ha sufrido mucho por la separación. Chopin escribe: "Quiera Dios que no sufra por mi causa. Continuaré amándola mientras lata mi corazón". Pocos años más ha de latir el corazón del músico. Otras mujeres pasan por su vida: María, Jorge Sand... y ambas desaparecen no sin antes lastimar profundamente el cuerpo y el alma de Federico Chopin. El "Vals del adiós", y otros vales, sus Nocturnos, sus Preludios, todas las vibraciones de su exquisita sensibilidad tienen origen en estos sufrimientos. Constanza es la única que sobrevive a todas las alternativas. La joven ha quedado ciega pocos años después de la partida de Chopin. Esto le afecta profundamente. No ha de olvidar nunca a la graciosa cantante polaca de ojos claros que ya no ven.

A lo largo del tiempo, la gloria, segura ya de su conquista imperecedera, abandona la lucha y entonces la cruel rival de tantos años se acerca a Federico para llevarse.

Lo hace con cautela. Es una muerte pura y delicada que no quiere herirlo. Le deja aspirar el perfume de sus violetas y oír la voz de sus amigos dilectos.

Así, sin gestos ni palabras discordantes, le abre las puertas al más allá.

Y entonces por el país de cúpulas lejanas, continúa el viaje que empezó en Varsovia con "la cinta de Constanza en el corazón y el corazón bajo el brazo"

